



Gabriela Mistral: la buscadora buscada

RAQUEL OLEA¹

¿Qué promesa esconde la escritura de Gabriela Mistral? ¿Qué hay en ella que llama a buscarla, a conocer más? ¿Qué guarda su palabra, que la crítica literaria y los estudios culturales asedian su figuración pública y su reserva privada?

¿Qué palabras son las suyas? “palabras plebeyas”, “palabras terceronas” que ella misma dice incorporar en sus textos “por una razón atrabiliaria o una loca razón, como es la razón de las mujeres”. Palabras de la gente de la “boca retorcida por la lengua bífida”, dice: palabras sagradas, corporales, de muerte y de vida que dejó a la

lectura como su más alto legado. En G. Mistral la palabra es tesoro, reside en el cuerpo, es material y “materia alucinada”, es “empellón de sangre”; es “Palabra de yodo y piedra alumbre entre los labios “, “tengo una palabra en la garganta / que no me suelta y no me libro de ella”. Es condena y bendición.

Su poesía, su escritura, su figura han efectuado un recorrido controvertido en la historia literaria chilena. Me propongo mirar brevemente ese trayecto crítico en los discursos.

Pocos escritores y escritoras han mantenido tan constante el deseo crítico y la curiosidad por conocer aspectos sobre su vida, indagando sin pausa en lo privado, lo público, lo íntimo de sus experiencias, intentando clasificarla, fijarla a algún signo o lugar estético o político, escudriñando en sus secretos posibles o imposibles de dilucidar; a veces ocultándola, otras

¹ Escritora, profesora, crítica cultural e investigadora feminista.

innombrándola en lo que ella quiso o no quiso que se supiera, sin mirar su reserva. Sin embargo, se la lee poco.

En los estudios literarios de las últimas décadas, indagar e investigar exhaustivamente su biografía, su mundo familiar, sus relaciones literarias, su lugar cultural; preguntarse cómo llegó a ser escritora, cuál fue su política, cuáles sus negociaciones con el poder, quiénes la avalaron, quiénes fueron sus amigos y enemigas, sus amores, su sexualidad, moviliza hipótesis y domina investigaciones: multiplicidad de libros, tesis doctorales, publicaciones críticas –la mayoría escrita por mujeres– hacen pensar en una moda u obsesión. Quizás se busca hacer de ella el ícono representativo de la formación del sujeto cultural mujer, de la escritora profesional, en la cultura chilena conservadora y hostil a la diversidad. La curiosidad por develar lo excepcional de Mistral es interesante, pero también sospechosa. ¿Qué más queremos de ella? La búsqueda excesiva no la halla del todo. Quizás porque Gabriela Mistral, en su complejidad, en la multiplicidad de su don, es inencontrable, inasible, sobre todo inapropiable.

Me pregunto si no hay ahí, en ese deseo de saber y saber más, una ansiedad mercantil al buscar lo oculto, lo no dicho, *destapar la olla* del sensacionalismo que anima el consumo y también la maledicencia. El respeto a la intimidad no es un tema que el mercado respete, está claro; alimentarlo lo favorece...

Preguntarse cómo Chile, la cultura chilena, la ha configurado públicamente, cómo se la vio y percibió, cómo se la leyó al momento de recibir el Nobel y cómo se la ve en la actualidad puede dar un indicio más del significado plural, diverso y siempre

vigente de su escritura, en los distintos contextos transitados por su obra. ¿Cómo se la leyó entonces y ahora? ¿Es hoy otra o la misma? Quizás la misma y otra, quizás ya antes era otra y hoy sigue siendo la misma.

Al ver cómo se presenta a recibir el Nobel, qué dice de sí misma, llama la atención que más que concebirse como una individualidad, lo hace como sujeto geoculturalmente situada, hija de la democracia chilena, antes que nada, destaca ser “la voz directa de los poetas de mi raza, y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa”. Autodefinida por la lengua, su mestizaje verbal marca en ella una identidad que permanece. Mistral es, antes que nada, voz, escritura.

Por ello sorprende que en este año, en que conmemoramos los ochenta años de esta primera Premio Nobel de América Latina, las interrogantes se refieran más a problemáticas de contexto social, a preguntas y políticas identitarias, antes que invitar a leerla, para conocerla, para encontrarla ahí donde ella es: en su lenguaje, su gramática, sus palabras.

Entiendo que las estrategias políticas personales y públicas con que se constituye un escritor, particularmente una escritora/a, son parte de las reflexiones necesarias. Los contextos de lectura son importantes, pero si la hegemonía del contexto desplaza al texto, entonces surge un problema.

Es en su escritura donde podemos conocerla; es en la lectura donde se dan el encuentro y el diálogo; su pensamiento poético y político despliega experiencias y sensibilidad social, pensamiento ético y estético. Es en su lenguaje donde se manifiesta y late su identidad, su subjetividad cultural: rebelde, autónoma y autodesignada. Gabriela Mistral es escritura. Esta, su

escritura, como su vida, fue de cruces y fugas, tramas, búsquedas e identidades sexuales y espirituales no fijadas en credo ni religión; no hay ortodoxia en sus creencias. Lo mismo podría decirse de su posicionamiento político. Mistral es en sí misma una figura de alteridad, lo enuncia de alguna manera su poema “La otra”, –“Una en mí maté / yo no la amaba”–, con que introduce la sección de “Locas mujeres” en *Lagar*. Una subjetividad múltiple y plural emerge contra el mandato de ser UNA.

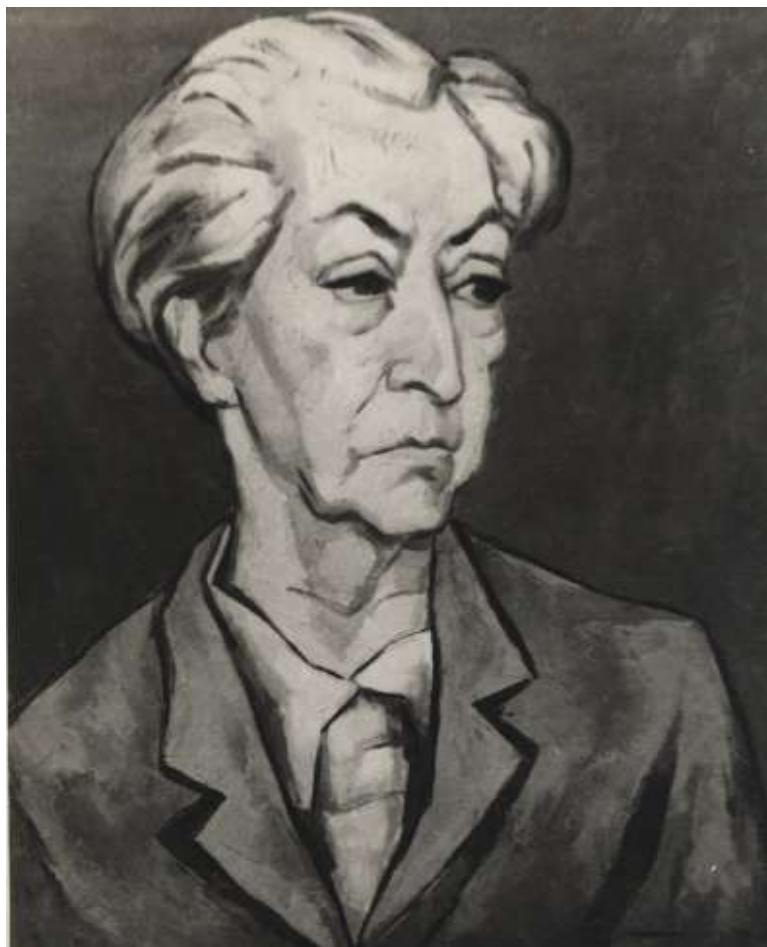
Si miramos brevemente el recorrido de la crítica, podemos ver cómo la cultura chilena simbolizó su nombre y su figura. Propongo aproximar tres momentos críticos de giros y nuevas lecturas, sin dejarse nunca apropiar por consignas ni posiciones políticas. La única adscripción que reconoce es la democracia.

En 1945 –80 años atrás– al obtener el Premio Nobel, Gabriela Mistral era, por cierto, una personalidad pública. En ese

entonces se la conocía más como poeta que en otros géneros literarios, había ganado los Juegos Florales ya en 1914, había sido invitada a México a ser parte de la Reforma Educacional, era diplomática, se la reconocía como intelectual pacifista y latinoamericanista. Había publicado *Desolación* en 1922, en el Instituto de la Espanas, en Nueva York; *Ternura* en 1924, y *Tala* en 1938, el mismo año en que fue excluida de la *Antología de poesía chilena* realizada por Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim; había sido tempranamente, ya a los doce o trece años, ayudante de maestra, luego profesora normalista sin título, directora de liceos. Una figura pública.

Mistral compartía la extraña dualidad de ser una figura y un nombre público, al mismo tiempo que una poeta, una escritora desconocida, es decir, no leída. El poeta Enrique Lihn la nombra como poeta aislada en la literatura chilena, que “no hizo escuela”. En su libro, *Porque escribí*, en la *Elegía a Gabriela Mistral*, escribe, “No me mueve de aquí donde está ella / en su libro en su voz que le leemos / (...) Y no ha nacido el día de los días para ella”.

El primer momento crítico, centrado en la identificación de vida y obra, produjo nudos de invisibilidad y ocultamiento hacia sus resistencias culturales; su pensamiento religioso, político-social liberador, relativo a la vida de las mujeres y de los pueblos indígenas; su latinoamericanismo. La crítica no indagó en niveles más amplios ni más potentes de su lenguaje; la situó de manera totalizadora y fija en temas universales; la leyó fijada por experiencias biográficas: la ausencia de padre y de hombres en su vida, mujer doliente, dolorosa, maestra antes que nada. Gastón von dem Busch, importante crítico de su tiempo, dice de ella: “Desde el



comienzo de su destino poético, la creación de G. Mistral muestra un rostro de rasgos fundamentales, absolutos y constantes. Se trata de una poesía en busca siempre de la dimensión total de cuanto crea”.

Ciertos acontecimientos de su vida sirvieron acríticamente a la interpretación de su escritura, fijándola en estereotipos de feminidad subordinada. Se la muestra adusta, severa, cercada en la carencia. Esa figuración pública respondió a la necesidad de construir la aceptabilidad social de una mujer que nunca fue cómoda para la sociedad chilena: moderna, rebelde, sin avales familiares ni sociales, provinciana, soltera, no madre y que no cabía en el orden reglamentario de lo femenino. Se la leyó entonces como se la enseñaría en la educación, fijándola a un modelo femenino que la restringía a lo socialmente aceptable y profesionalmente permitido a las mujeres: maestra en lo público, desconocida –o secreta– en lo privado.

Entre quienes se relacionaron de manera rupturista con la imagen adusta y severa de la maestra destaca el pintor Roberto Matta, quien dice haberla conocido siendo él muy joven y haberse enamorado perdidamente de ella. El narrador Antonio Skármeta, en su libro *Desnudos en el tejado*, escribe un cuento que narra su encuentro con Mistral muerta, en Nueva York. Su correspondencia –hoy ampliamente conocida– abre otros aspectos de su vida.

Un segundo momento crítico estuvo marcado por la catástrofe de la dictadura: catástrofe política, social y cultural, experiencia

traumática que obligó a interrogar y revisar los cimientos culturales colonizados con que la nación fue construida; emergieron desde la literatura, la filosofía y la antropología preguntas hechas en el revés de la discursividad oficial. En este contexto de desolación y muerte se volvieron a revisar e interrogar también los modos de la lectura y la crítica literaria, “cuestión de una actualidad nueva, distinta de la poesía mistraliana, de nuevas escenas de su lectura, trabajo de esta década”... “descubrimiento en estos años de la poesía mistraliana”, señala el filósofo Patricio Marchant, quien lee e interroga en su escritura la figuración de la madre en la cultura. En su libro *Sobre árboles y madres*, el psicoanálisis húngaro ilumina una interpretación nueva del texto mistraliano, el único poema que escribió Mistral, dice, es el de la madre muerta en la cultura. En esos mismos años, el narrador Jorge Guzmán quiere liberar la interpretación de la poesía de Mistral de su relación biográfica y totalizadora, resituándola en la historia literaria chilena.

Podríamos decir que estos textos anuncian pausada, pero certamente, otra “escena de lectura”. En 1989, al cumplirse el centenario de su natalicio, aún en dictadura, la Corporación La Morada (ONG feminista) organizó –organizamos– un encuentro internacional sobre su obra. El taller *Lecturas*



de mujeres citaba la antología de lecturas que la propia Mistral realizó en México, con la finalidad de educar a las madres en las lecturas con las que deberían educar a sus hijos e hijas. Ese encuentro señero buscó leer “otra” Mistral, una distinta a aquella oficialmente fijada en el imaginario cultural de Chile, realizar nuevas lecturas de sus textos y poemas, revisar escritos no leídos, leerla “allí donde no se la había leído, realzar poemas dejados de lado por la crítica anterior, abrir su escritura a miradas no

estuvo negado y ocultado, como una mancha estigmatizadora, con la doble orientación de clausurar el derecho a su sexualidad y a la vez omitir una apertura y una distinción productiva para leerla. Mistral había estado clausurada y ocluida por la discriminación homofóbica, ocultando así un ancla de su subjetividad que permite abrir en la lectura de sus textos una particular configuración de su mirada donde la diferencia sexual, más allá de la experiencia, configura contradicciones, rebeldía, posicionamiento ético y estético, incardinado en la experiencia y el lugar desde el que se escribe. En este periodo —al fin de la dictadura militar—, la crítica y las lecturas de su obra poética y los conocimientos sobre su vida comienzan a fissurar la imagen oficial, con la emergencia de una poeta e intelectual controvertida, trabajadora de la palabra y buscadora de su potencia múltiple, que dice en ensayos,

poemas, correspondencias y textos múltiples lo propio de sí, de su pensamiento político, de su condición mestiza de mujer latinoamericana; mirado desde su trabajo en el lenguaje que la constituye única.

Un tercer momento crítico se abre en 2008, cuando Doris Atkinson, sobrina y heredera de Doris Dana, entrega finalmente —después de un largo y burocrático recorrido— el legado de Gabriela Mistral a la Biblioteca Nacional de Chile. El conocimiento de los más de 18.000 documentos contenidos en cajas y cajas de manuscritos, fotografías, papeles anotados, correspondencias diversas, y cuadernos de



totalizadoras e incorporar materiales y dimensiones críticas contemporáneas. Momento crucial a partir del cual se inician nuevas lecturas de sus textos, como también de su imagen, y emerge otra Mistral: disruptiva respecto a las restricciones del biografismo y la construcción de identidad femenina única, oficializada en la representación del sufrimiento. Entonces se pudo hablar de su lesbianismo, lo que significó un gesto político necesario y decisivo, al romper el secretismo de algunos críticos que, como guardianes de la moral, orientaban su lectura. Este conocimiento



vida, escritura de sus sueños, permiten investigar y leer otros signos, antes encubiertos: reflexiones, modos de trabajar la escritura, su pensamiento poético, sus lecturas, sus amistades e intimidades, su gusto por las palabras, ciertas repeticiones y obsesiones que escribe, borronea o repite a los costados de la página. Material prolífico que hace posible abrir los significantes a la densidad e intensidad de las significaciones que produce, modificar visiones, remover la monumentalidad estática en que se la ha situado hacia lo controvertido y plural de una vida entregada al arte de escribir. Este momento crítico amplía la obra de Mistral, al mostrar los movimientos internos en que transcurrió su existencia, su forma de escribir: correcciones, anotaciones al margen, cambios de palabras de un poema a otro, modificaciones constantes que hacen pensar en una “obra inacabada”, siempre en proceso, que propone exigencias y desafíos a la lectura. Sus palabras repetidas, buscadas y encontradas una o más veces, en distintos poemas, orientan una y otra vez la lectura hacia derroteros que no terminan de cerrar

sus sentidos, dejando la escritura sin terminar de estar significada. Recordemos que la propia Mistral explicita que siempre estuvo escribiendo el *Poema de Chile*, al que siempre volvía, quizás dejándolo siempre inacabado. Tal vez la propia Mistral, como sujeto de alteridad y multiplicidad, en intenso devenir, permanezca inacabada a nuestra curiosidad de ávidas y ávidos lectores.

En esta breve aproximación a los tiempos y modos de la crítica y la lectura de la obra de Gabriela Mistral intento reconocer el valor de nuevas aproximaciones teóricas que hacen posible evidenciar la multiplicidad de sentidos de sus textos. No se trata, sin embargo, de fijarla como escritora lesbiana, escritora feminista o, más extravagante aún, de leerla como poeta queer o “cuir”. Gabriela Mistral no es etiquetable, ni clasificable, en nociones de políticas identitarias, como tampoco lo es políticamente, Mistral no se presta a militancias. Ya dicho anteriormente, solo se reconoció “hija de la democracia chilena”. Sus poéticas son, asimismo, variadas y

mezcladas: ni neorrománticas ni posmodernistas ni vanguardistas. Su obra aún no termina de ser significada, seguirá siendo una provocación y un llamado a lecturas exigidas y atentas. Es a lo que apelo en este 80º aniversario del Premio Nobel: a adentrarnos en su escritura, en su trabajo de la palabra en el lenguaje. Leer en su escritura no solo el estado de cosas de lo latinoamericano social, político y cultural, de la multiplicidad de sus intereses y su sensibilidad, sino también el estado de cosas de la lengua, en los distintos momentos en que escribió.

Imágenes de este archivo (por orden de aparición):
“Gabriela Mistral, retrato de la poeta”, de Roser Bru.

Pintura de Mistral, por Osvaldo Guayasamín (fotografía en monocromo).

Billete de 5.000, de 1981.

Fotografía movimiento feminista de 1983.

“Lucila”, de Norma Ramírez y Mariana Silva.